

Dos sabidurías

XXVI Dom. C – 25-IX-2022
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

*«Nuestro Señor Jesucristo, siendo rico,
se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza».*

Algunas ideas claras que se desprenden de esta parábola del pobre Lázaro y del rico.

1º. **La sabiduría del mundo y la sabiduría de Dios.** Nosotros nos encontramos en la vida ante dos formas contrarias de entender lo que vale y lo que no vale en la vida, dos «sabidurías» contrapuestas y esas dos formas aparecen en la parábola: la sabiduría del mundo y la sabiduría de Dios. Dejándose llevar por lo que aparece, el gozo y los placeres de uno, la desdicha de otro, el mundo juzga dichoso al rico y desgraciado al pobre, pero Dios juzga y sentencia de otra forma. Jesús dirá en las Bienaventuranzas: **«Bienaventurados los pobres»**; y después dirá también: **«¡Ay de vosotros, los ricos!»**. ¿Qué juicio creéis que prevalecerá? ¿El del conjunto de los hombres, que ama la riqueza y la desea, o el juicio de Dios? El juicio y la sentencia de Dios son inapelables. Independientemente de las opiniones del mundo, el pobre Lázaro entra en el seno de Abraham para siempre, y el rico, sin nombre, es sepultado en el infierno, también para siempre. No llega allí por ser rico. Hay que recordar, por ejemplo, que Jesús tenía un amigo íntimo que era rico y que se llamaba Lázaro. Curiosamente es el nombre que Jesús usa en la parábola para el pobre. No, el rico no es condenado por ser rico, sino por no compadecerse del pobre.

Cristo, siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos. Viendo nuestra pobreza, siguió la ley del amor, que es la ley divina, la sabiduría del cielo, y se hizo pobre por amor. Y tú, cristiano, ¿crees que puedes seguir otra ley que no sea la que movió a Cristo a hacerse pobre por ti? ¿Crees que puedes seguir otra ley que no sea la de la caridad? ¿O quizá crees que puedes seguir esa ley sin sufrir, es decir, sin padecer con el que padece, sin sacrificio? No, en este mundo el amor implica sacrificio.

2º. **El pecado endurece el alma. Hay que convertirse hoy, antes de que nuestra alma sea incapaz.** El pecado —aquí el pecado de amar más el dinero y los placeres— endurece de tal modo el corazón, que toda gracia de Dios puede llegar a ser inútil. **«Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto»**. Nosotros tenemos a la puerta de nuestra alma a Cristo pobre, a Cristo que se ha hecho pobre por nosotros y suplica, no para sacarnos nada, sino para darnos su gracia, la vida que realmente vale. ¿Escucharemos su voz? Si no la escuchamos hoy, si en el momento presente no nos arrepentimos y pedimos perdón, si en el momento presente no cambiamos de vida y no nos

hacemos pobres para suplicar la riqueza de Dios, la que vale de veras, la que nos llega del cielo por los sacramentos, es posible que nuestra alma se endurezca hasta que llegue un punto de endurecimiento que ya no podamos, y sea inútil para nosotros la sangre de Cristo.

3º. La muerte y la separación. Llegará un momento, con la muerte, en que ya no habrá posibilidad de pedir perdón. Con la muerte, nuestra alma será llevada a la presencia de Dios, individualmente. No será el momento de la súplica, ni del cambio de vida, sino del juicio, y ese juicio, el de Dios, inapelable, conduce a una eternidad definitiva, de vida o de muerte. «**Entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso**». No es posible hacer compatible la caridad de Dios con un hombre que ha perdido todo punto de amor, dejándose endurecer por el pecado y desoyendo durante los años de su vida la voz de Dios, la súplica de su Hijo hecho pobre. No es posible que la oscuridad viva en la luz, el alma sin caridad en la caridad de Dios. El desamor, la impiedad, levanta un abismo en torno a ella —el rico no se percataba ya siquiera de las miserias de Lázaro—, al otro lado quedan todos los demás y Dios. La muerte convierte esa separación en un abismo que no se puede cruzar.

4º. La falta de amor a Dios y de amor al prójimo lleva al infierno, de la misma forma que el amor lleva al amor, es decir, a Dios, al cielo.

5º. Existe el cielo y el infierno. Y el infierno es atroz.

6º. Dios hará justicia a los pobres, a los verdaderos pobres. Dios no ve con indiferencia sus sufrimientos y, aunque nos pueda parecer ausente, está atento y mira con amor a los verdaderos pobres. ¡Y les hará justicia! «**Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos**».

7º. Es mejor el amor. A pesar de lo que el mundo entero opine, es mejor amar y ser pobre, que no amar y gozar de todos los bienes de este mundo. El desamor, la indiferencia, la crueldad y el odio tendrán un límite. Cristo ha puesto ese límite con su resurrección. El amor no tiene límite. Ni de tiempo, porque será inmortal; ni de potencia, porque en el corazón de sus hijos, con ese vínculo que les une con Dios, se hará más y más grande, más y más fuerte. Para siempre.

Que Dios nos dé del Espíritu de su Hijo, que nos amó y se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.